



19 de abril de 2020

UNA LLAMADA COMO UN ANCLA

No fue el agotamiento, aunque llevaba horas al pie del cañón: o mejor, al pie de aquellos lechos de enfermos, que zozobraban cual frágiles botes entre el oscuro oleaje de la marea de la pandemia. Tampoco se trató de las tensiones, los contratiempos que vivía; aunque, escocieran. Hacía tiempo que se había habituado a esos conflictos en su profesión, como un viejo marinero a los embates del mar durante sus travesías en momentos de tormenta. Sí, esta vez se redoblaban el tamaño de aquellas gigantescas ondas de temor y dolor, al ser una situación extrema. Pero no fue nada de eso.

El detonante se hallaba en una simple llamada de teléfono, una llamada en mitad de la densa niebla que cubría de fatiga y miedo su hospital. Ni siquiera fue una llamada que hiciera ella misma o que la tuviera como destinataria. Sin embargo, no podría quitársela de la cabeza, no la olvidaría jamás.

Se lo pidieron como un favor. Ella sabía que el paciente estaba casi sin fuerzas, que ese gasto físico y psíquico podría afectarle, restarle esa migaja de energía que apenas conservaba... Mas, aun así, se lo concedió.

Tomó su móvil y, luego, traspasó el dispositivo a las manos enguantadas de Javier, el deteriorado Javier. Entonces, las voces emocionadas de su mujer y su hija, cruzaron el océano infinito de su soledad y aislamiento, y dejaron caer sobre él una suave lluvia de ternura. Durante ese ratito, aquella tempestad de sufrimiento, que lo anegaba todo, amainó, se sosegó. Apareció una pequeña estrella de ilusión y esperanza, como esos destellos que se reflejan ciertas noches sobre la superficie del agua. Esa estrella chiquitita eran los ojos de Javier, antes agonizantes en su vapuleado cascarón, que revivían por un instante. Esos ojos retornaron del hondo lugar del desaliento en el que hacía tiempo naufragaban.

Ella lloró con un cariño roto, como las primeras veces que había atendido a enfermos en situaciones límite. Hacía tiempo que no le pasaba, pues la piel se nos va robusteciendo en esto. Se sintió como una capitana, sobre la cubierta de su nave, que presencia con admiración el estremecedor rescate de uno de sus tripulantes.



Ahora, entre las sombras de la noche y de la epidemia, todavía con la humedad en sus mejillas, notaba aquella llamada dentro de sí como un ancla, una hermosa y firme ancla. Sí, un ancla que refrenaba su zarandeado bajel y lo fijaba en un puerto de sosiego y paz. Esa llamada era un ancla que hundía su sólido hierro de esperanza en el turbulento fondo del corazón. Con ella, bien agarrada entre las rocas submarinas de su interior, supo que a la mañana siguiente volvería a desplegar las velas y a cruzar, briosa, ese convulso mar que la esperaba retador.

Javier Barraca Mairal